

con acento

¿Hacia el mestizaje?

Juan Antonio Irazabal

Las sociedades europeas están cambiando rápidamente. Hace cuarenta años, resultaba exótico ver barrenderos africanos en París. Hoy no sólo en París, Berlín o Madrid es habitual cruzarse con africanos, turcos o latinoamericanos. Los tenemos también en el campo. Recientemente, un periódico madrileño publicaba una foto de los «nuevos vascos»: un grupo de africanos y latinoamericanos vestidos a la vieja usanza de los caseríos vizcaínos del siglo XIX, que residen y trabajan en uno de los valles más apartados de Euskadi.

Las fronteras son cada vez menos infranqueables. Los medios de comunicación acercan a las diversas culturas. Las profundas transformaciones y desequilibrios que está provocando la globalización dejan a unos países sin trabajo, mientras en otros ya no se aceptan ciertas profesiones demasiado duras o mal remuneradas en comparación con otras.

Los esquemas mentales intentan adaptarse a estos cambios. El racismo ha sido probablemente el más socorrido en el siglo XIX y hasta la segunda mitad del XX. Hoy casi todo el mundo se declara abiertamente contrario al racismo. Hay que saludar este progreso. Pero más importante que declararse antirracista es saber por qué. Que ya no se lleva el racismo o que resulta impresentable es, sin duda, una respuesta insuficiente.

La interculturalidad es un esquema que hoy empieza a aceptarse. Incluso ayuda a quedar bien en una conversación o a dar una imagen «progre». Pero este esquema mental se mantiene a un nivel más bien abstracto, no es nada comprometido. La tolerancia también está bien vista: tiene la gran ventaja de haber superado la violencia; pero no pocas veces solapa la necesidad de afrontar unos problemas bien concretos para llegar al verdadero reconocimiento del otro como otro.

Con el mestizaje, la cosa cambia: intervienen el cuerpo –no es sólo cuestión de ideas–, el matrimonio, los hijos, el parentesco, la identidad colectiva... Hasta hace poco, el mestizaje era un fenómeno lejano, se producía en las colonias, en otros continentes. No molestaba, era incluso un motivo de orgullo. El mestizaje en Europa ya es algo muy distinto. Y –gracias a Dios– ahora no se puede invocar «la pureza de la raza» para luchar contra él.

El hijo mestizo es el argumento mayor del mestizaje. Como dice J. Audinet, «el hijo mestizo, por el mero hecho de su existencia, vuelve caducas las distinciones y oposiciones binarias. Trae a la existencia en su mismo cuerpo unas posibilidades nuevas hasta entonces insospechadas. Abre la puerta a un nuevo mundo de símbolos». Lo nuevo, lo desconocido provoca angustia. Pero, al mismo tiempo, ofrece nuevos horizontes. ¿Son éstos los nuevos horizontes que, sin pretenderlo, está descubriendo nuestro Viejo Mundo? ■